

## EL CONCEPTO DE *INTRAHISTORIA* COMO *PRAXIS* PERIODÍSTICA EN *ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS*, DE MIGUEL DE UNAMUNO

FRANCISCO JAVIER ESCOBAR BORREGO  
Universidad de Sevilla

«*Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas*»  
Ángel Ganivet

### Resumen

El presente trabajo ofrece un análisis pormenorizado del concepto de *intrahistoria* como práctica periodística en *Andanzas y visiones españolas* (1922) de Miguel de Unamuno (1864-1936). Se abordan, entre otras cuestiones, los marcos espaciales *intrahistóricos* y los personajes-actantes que los conforman, la peculiar hibridación genérica que presentan los diversos artículos del libro —a modo de *crónica-artículo de sesgo ensayístico*— y la destacada pervivencia en ellos de la filosofía del *secessus* o retiro mundano, de cuño estoico.

*Palabras clave:* Miguel de Unamuno, *intrahistoria*, periodismo.

### Abstract

This work analyzes the permanence of the *intrahistoria* as journalistic practice in *Andanzas y visiones españolas* (1922) by Miguel de Unamuno (1864-1936). It also focuses on the places connected with the *intrahistoria* and their acting-characters, the hybridization of the several genres (like essay-feature) and the Stoic philosophy of *secessus* (or wordly seclusion).

*Keywords:* Miguel de Unamuno, *intrahistoria*, journalism.

*Andanzas y visiones españolas*, cuya publicación se remonta a 1922, constituye el cuarto libro paisajístico que dio a conocer Miguel de Unamuno (1864-1936) después de *Paisajes* (1902), *De mi país* (1903) y *Por tierras de Portugal y de España* (1911)<sup>1</sup>. La obra ofrece una nutrida selección de artículos perio-

---

<sup>1</sup> Sobre *Andanzas* y su relación con otros libros paisajísticos de Unamuno, véase el estudio preliminar de L.G. Egido a su edición de la obra (Madrid: Alianza, 1988, 7 ss.), por la que ci-

dísticos escritos entre junio de 1911 y marzo de 1922 y editados —buena parte de ellos— en *La Nación*, de Buenos Aires y *El Imparcial*, de Madrid. El tema del libro son las reflexiones y experiencias personales de Unamuno en sus diversas excursiones por distintas zonas de la geografía española<sup>2</sup>. El interés por la tierra y por la historia nacional lleva al escritor vasco a realizar numerosas descripciones paisajísticas, sirviéndose de un género híbrido entre la crónica-artículo periodístico (en algunos casos, incluso de sesgo epistolar), con una extensión limitada y dirigido a un público concreto; el ensayo, que le permite las reflexiones eruditas sobre varia materia pero expresadas mediante un lenguaje llano<sup>3</sup>; y los libros de viajes, con una secuenciación temporal de experiencias personales y, en ocasiones, anecdóticas a modo de *diario interior* o *íntimo* (como sucede, salvando las distancias, en el *Diario de un poeta recién casado* de Juan Ramón Jiménez)<sup>4</sup>. Tal género misceláneo, que ofrece un buen ejemplo de la experimentación genérica

---

taremos. En cuanto a los libros de paisajes unamunianos, en general, cf. M. Arizmendi/M. López, «Miguel de Unamuno: del artículo al ensayo», en *Movimientos literarios y periodismo en España*, ed. de M.P. Palomo, Madrid, Síntesis, 1997, 328 ss.

<sup>2</sup> Resulta evidente que Unamuno sintió gran cariño hacia *Andanzas*, como refleja una carta dirigida a su amiga Elvira Rezzo y fechada en febrero de 1924: «En *Andanzas* y *visiones españolas* hay algunas de las páginas que más de corazón he escrito»; cf. *Epistolario americano (1890-1936)*, ed. de L. Robles, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1996, 486. Para la doble vertiente de Unamuno como escritor y periodista véase, por ejemplo: J.M. Fernández, «Unamuno y el género periodístico», *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, 89, 1989, 123-136; L. Urrutia, «Unamuno, ¿Periodista o Escritor? ¿Escritor y Periodista?», en *Actas Congreso Cincuentenario Unamuno*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989, 107-117; *idem*, «Unamuno et *Lucha de clases*», en *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*, ed. de J. Maurice/B. Magnien/D. Bussy, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1990, 227-236; F. Rebollo, «Miguel de Unamuno», en *Periodismo y movimientos literarios contemporáneos españoles (1900-1939)*, Madrid, Huerga y Fierro, 1997, 50 ss.; M. Arizmendi/M. López, «Miguel de Unamuno: del artículo al ensayo», cit., 322 ss., y M.Á. Vázquez Medel, «El periodismo como proyección de un intelectual: Miguel de Unamuno» (en prensa).

<sup>3</sup> Sobre el género ensayístico en la literatura unamuniana, véase: M. Romera-Navarro, *Miguel de Unamuno: novelista, poeta, ensayista*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1928, 169-315. Por otra parte, críticos como M. García Blanco (en su estudio preliminar a *Poemas de los pueblos de España*, Madrid, Biblioteca Anaya, 1961, 10-11) insertan *Andanzas* en la categoría genérica del ensayo.

<sup>4</sup> Vid. M.Á. Pérez Priego, «El género literario de *Diario de un poeta recién casado*», en AA.VV., *Juan Ramón Jiménez en su Centenario*, Cáceres, Ministerio de Cultura, 1981, 101-120; y R. Reyes Cano, «El *Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez, como libro de viaje», en *De Blanco White a la generación del 27. Estudios de Literatura Española Contemporánea*, Huelva, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2001, 213-232. Como es sabido, los libros o diarios de viajes vienen a entroncar con la crónica literaria modernista; vid. J. Olivio Jiménez, «El ensayo y la crónica del modernismo», en *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, II, ed. de L. Íñigo Madrigal, Madrid, Cátedra, 1987, 537-548, 547 ss.; y N. Rivas, «La crónica modernista», en el estudio preliminar a su edición de Rubén Darío, *España contemporánea*, Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 1998, 13 ss. Un análisis de los géneros mencionados ofrece A. Chillón, «Las grandes narrativas facticias y su contribución al periodismo literario moderno», en

practicada por los modernistas y que viene a preludear, en cierta medida, el movimiento renovador del llamado *nuevo periodismo* o *periodismo informativo de creación*<sup>5</sup>, proporciona a Unamuno un vehículo flexible, creativo y ameno para insertar en la *praxis* periodística sus meditadas reflexiones teóricas sobre la *intrahistoria*, concepto apuntado por otra parte en sus libros paisajísticos anteriores y que adquiere un amplio tratamiento en *Andanzas*<sup>6</sup>. Al desarrollo de esta cuestión están dedicadas las siguientes páginas.

Como es sabido, la relación entre literatura y periodismo supuso un importante punto de inflexión en la trayectoria profesional de diversos escritores modernistas de la talla de Rubén Darío, Azorín, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu o el propio Miguel de Unamuno. Tales intelectuales, que llevaron a cabo buena parte de su labor creadora y crítica en diversos periódicos, vieron en este medio de comunicación no sólo un sustento económico de vida —ligado íntimamente a la vocación de escritor—, sino también un vehículo de gran proyección social para transmitir sus ideas educadoras y reformadoras sobre temática varia a un público lector amplio<sup>7</sup>.

Unamuno, en concreto, asumió plenamente, como árbitro moral de la nación y depositario de grandes valores, el ministerio intelectual de influir

---

*Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*, Bellatera, Universidad Autónoma de Barcelona, 1999, 107 ss.

<sup>5</sup> Como recuerdan S. Bernal y L.A. Chillón, la hibridación de los géneros constituye una de las características fundamentales del *nuevo periodismo* (vid. *Periodismo informativo de creación*, Barcelona, Mitre, 1985, 93).

<sup>6</sup> En general, Unamuno desarrolló la *intrahistoria* en sus diversas facetas como escritor; cf. C. Blanco Aguinaga, «La revelación de la Naturaleza aplicada a la Historia. Sobre el significado más extenso del concepto de intrahistoria», en *El Unamuno contemplativo*, Barcelona, Laia, 1975, 234-259; J.M. Rozas, «Historia-Intrahistoria como forma literaria», en *Intrahistoria y Literatura*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980, 11-34; J.L. Abellán, «Historia e Intrahistoria en la poesía de Unamuno (Euzkadí, Castilla, España)», en *La poesía de Miguel de Unamuno*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1987, 305-324; A. Escamilla, *Génesis de la concepción de «intrahistoria» en Miguel de Unamuno*, Tesis Doctoral inédita, dirigida por P. Ribas y defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid en mayo de 1987; P.W. Watson, *Intra-Historia in Miguel de Unamuno's Novels, A continual Presence*, Potomac, Scripta Humanistica, 1993; y M.J. Vidal, «La intrahistoria de Unamuno y la nueva historia», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 21, 1996, 237-250.

<sup>7</sup> Entre la amplia bibliografía sobre el tema, destacamos: J. Acosta, «Del periodismo como necesidad: Unamuno, Azorín, Baroja», en *Periodismo y Literatura*, II, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1973, 143-189; P. Celma, *La crítica literaria de actualidad (Estudios y textos)*, Salamanca, Plaza Universitaria, 1989; *idem*, *La pluma ante el espejo (visión autocrítica del fin de siglo)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989; C.A. Molina, *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*, Madrid, Endymion, 1990; P. Celma, *Literatura y periodismo en las revistas de fin de siglo. Estudio e Índices (1888-1907)*, Madrid, Júcar, 1991; F. Rebollo, *Periodismo y movimientos literarios contemporáneos españoles (1900-1939)* ... cit., 25 ss.; M. Arizmendi/M. López, «De la crisis de fin de siglo a las vanguardias», en *Movimientos literarios y periodismo en España* ... cit., 277 ss.; y N. Rivas, «La crónica modernista», cit.

en el pueblo a través de la prensa. De hecho, el escritor vasco, desempeñando el papel de *excitator Hispaniae*, es bastante consciente de la importante repercusión social que conlleva la labor periodística, tal como se observa en algunos de sus artículos (recuérdense, por ejemplo, «Un artículo más» y «La prensa y el lenguaje», ambos de 1899; o «El porvenir de la novela», de 1902)<sup>8</sup>. Uno de ellos, titulado «La prensa y la conciencia social» (1900), refleja, entre otras cosas, el sueño utópico de Unamuno de disfrutar de una prensa que no ofrezca al público lector tan sólo las *noticias* (que vienen a constituir la *historia* descarnada), sino el lenguaje y la rica vida cotidiana de los pueblos de España, es decir, la *intrahistoria* o verdadera historia nacional:

Poniéndome en imposibles, he soñado alguna vez en un gran diario nacional que no se redactase ni publicase en Madrid, sino en toda España —una cosa imposible—, en un periódico cuyos artículos fuesen la sinfonía sacada a diario de las notas que formarían telegramas de todas las ciudades y villas y de los villorrios, lugares, lugarejos, aldeas, concejos y alquerías de toda España, donde quedasen nuestros políticos reducidos a su verdadera talla y donde se viera qué poco significan las últimas declaraciones de Sagasta junto a la cosecha de algarrobas o al precio de la carne<sup>9</sup>.

Un medio eficaz que Unamuno tiene a su alcance como escritor e intelectual para sublimar esa carencia de *intrahistoria* en la prensa ordinaria es, precisamente, el desarrollo práctico de dicho contenido teórico en los artículos periodísticos recogidos en *Andanzas*. Mediante tal programa de acción, Unamuno, desde la mirada atenta y creativa de un viajero, lleva a cabo su propósito reformador y de elevación moral como *excitator Hispaniae* tomando como punto de partida dos referentes íntimamente vinculados: los espacios *intrahistóricos* y los personajes-actantes que lo habitan.

### *Espacios «intrahistóricos» y retiro mundano*

Como refleja ya en diversos artículos no pertenecientes a *Andanzas* —por ejemplo, el titulado «Ciudad y campo» de 1902—, Unamuno considera el espacio urbano y tecnológico como símbolo manifiesto del desasosiego del

<sup>8</sup> Vid. J.M. Fernández, «Unamuno y el género periodístico», cit., 123 ss.

<sup>9</sup> *Apud*, J.M. Fernández, «Unamuno y el género periodístico», cit., 128. Revelador al respecto resulta también otro testimonio de Unamuno en «El cuarto poder» (enero de 1896): «La prensa periódica debe ser el más genuino y adecuado órgano de relación social de un pueblo, el órgano de su conciencia refleja colectiva, cuya función es sacar a luz y relieves las riquezas subconscientes de un pueblo y ponerle a la vez en comercio con el ámbito. Y como la conciencia, que lo abarca todo, es integradora, integradora debe ser la prensa»; *vid. Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*, ed. de D. Núñez y P. Ribas, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992, 51.

hombre y de la frenética actividad del periodista en busca de la noticia<sup>10</sup>. En cambio, la vida en contacto con la naturaleza, uno de los espacios privilegiados de la *intrahistoria* que recrea Unamuno, le proporciona solaz y descanso<sup>11</sup>.

La valoración de la naturaleza y del paisaje por Unamuno obedece, como se sabe, a la afición viajera de los autores modernistas (de gran vitalidad gracias al floreciente auge del periodismo reporteril)<sup>12</sup>. Ya a lo largo del siglo XIX el ávido deseo de visitar lugares desconocidos se había hecho patente, cobrando una nueva dimensión y sentido para los krausistas de la Institución Libre de Enseñanza. De hecho, Francisco Giner de los Ríos y otros intelectuales integran el viaje en su plan pedagógico al reconocer el valor del contacto con la naturaleza y de la observación directa del paisaje. Como señala José-Carlos Mainer, el prestigio que la Institución concedió a la afición viajera como medio de enriquecimiento espiritual tiene su punto álgido en los autores modernistas, quienes recrean en crónicas, diarios de viajes y ensayos el paisaje español, bien como motivo didáctico-moral —en la línea krausista—, bien para expresar mediante una actitud impresionista la condición fugaz del viajero:

La arqueología de campo y el excursionismo estuvieron entre las actividades que los hombres de Giner de los Ríos aclimataron en la España de final de siglo. Esa herencia y el interés de los modernistas por la observación de lo natural y por los viajes conformaron la preocupación por el paisaje español de la generación de fin de siglo: en unos predominará la impresión mo-

<sup>10</sup> La recreación del tema de la ciudad por los autores modernistas ha sido objeto de diversos estudios. Por ejemplo, véase: L. Lituak, *Transformación industrial y literatura en España (1895-1905)*, Madrid, Taurus, 1980, *passim*; J. Cano Ballesta, *Literatura y Tecnología. Las letras españolas ante la revolución industrial (1900-1933)*, Madrid, Orígenes, 1981, *passim*; D. Dougherty, «La ciudad moderna y los esperpentos de Valle-Inclán», *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 22.1, 1997, 131-147; J.L. Rozas, «Manuel Machado y El mal poema: Invención (y ocultación) de la ciudad modernista», *Ínsula*, 608-609, 1997, 19-22; J.R. González, «Nueva meditación del marco: Ciudad y literatura en el fin de siglo», *Ínsula*, 613, 1998, 30-33; y R. Reyes Cano, «Una interpretación de Sevilla desde el espíritu del 98: La imagen de la ciudad en los apócrifos de Antonio Machado», en *De Blanco White a la generación del 27 ... cit.*, 147-160.

<sup>11</sup> Vid. J.M. Fernández, «Unamuno y el género periodístico», *cit.*, 130 ss.

<sup>12</sup> Entre la abundante bibliografía sobre naturaleza y paisaje en el Modernismo, destacan: M. Alvar, «Introducción» a Miguel de Unamuno, *Paisajes*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1966, 5-24; C. Blanco Aguinaga, «La Naturaleza», en *El Unamuno contemplativo ... cit.*, 211-281; I. Galbis, «De Baroja y Antonio Machado: Proyección anímica sobre el paisaje», *The Journal of Basque Studies*, 3.1, 1982, 63-75; N. Norris, «Visión azoriniana del paisaje español», y C. Ruiz, «The Paisaje and the Generation of 1898», *Cuadernos de Aldeeu*, 1.2-3, 1983, 373-383 y 443-460, respectivamente; F. Calvo Serraller, *Paisajes de luz y muerte: La pintura española del 98*, Barcelona, Tusquets, 1998; J.C. Brasas, «La Castilla de la generación del 98 y su visión en el arte español», en *Los 98 ibéricos y el mar*, Lisboa, Exposición Mundial de Lisboa, 1998, 79-102; y G. Pina, «El 98 y el descubrimiento del paisaje español», *Círculo*, 28, 1999, 25-37.

ral y regeneracionista; en otros, la captación del detalle y la muy modernista «sensación de lo efímero» de la condición de viajero; en aquéllos, la impresión personal de paz o de desasosiego, pero, fuera como fuera, el paisaje de España cobró casi condición de protagonista literario...<sup>13</sup>

Unamuno, por su parte, dotando a sus artículos de cierto sesgo ensayístico en la línea regeneracionista<sup>14</sup>, opone en *Andanzas* el espacio urbano de las grandes capitales a otros que vienen a constituir un marco paisajístico idóneo para la plasmación de la *intrahistoria* honda y sincera: el campo y la naturaleza, las pequeñas y viejas ciudades, los pueblos y otros lugares que albergan plazas, sitios de retiro, etc. Así se comprueba, por ejemplo, en sendos pasajes del artículo «Ciudad, campo, paisajes y recuerdos» que ofrecen evidentes reminiscencias del τόπος del menosprecio de corte y alabanza de aldea, de tanta tradición en la literatura española áurea: «... el recuerdo del campo y la esperanza de volver a él es una de las cosas que más y mejor nos sostienen en medio del tráfigo de las ciudades»; y «... la odiosa ciudad de las vanidades y las envidias. Huyo de esta ciudad, en cuanto puedo. El campo es una liberación»<sup>15</sup>.

Asimismo, en «De vuelta de la cumbre», haciéndose eco de la filosofía estoica del retiro mundano (*secessus*) y del *otium* —pero adecuada a la finalidad divulgativa del género periodístico—, Unamuno transmite al lector en un recorrido introspectivo el ideal horaciano y luisiano del *vivere secundum naturam* o *convenienter naturae vivere* en aras de alejarse del «mundanal ruido» (*negotium*)<sup>16</sup>. Para ello, el escritor vasco se vale de fórmulas conativas diri-

<sup>13</sup> Vid. *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1999, 126. El destacado papel que adquirió el paisaje natural en el pensamiento reformista se pone de manifiesto en el intercambio epistolar que mantuvieron Ginés de los Ríos y Unamuno en 1899 (vid. D. Gómez Molleda, *Unamuno «agitador de espíritus» y Giner. Correspondencia inédita*, Madrid, Narcea, 1977, 22-23). Hacia esa misma fecha, el escritor vasco envió a su amigo el poema *Al campo*, notable exaltación de la naturaleza como lugar de retiro (cf. *Unamuno «agitador de espíritus» ...*, cit., 96-97). Para la relación entre krausismo, intrahistoria y paisaje español, véase: J.M. Rozas, «Historia-Intrahistoria como forma literaria», cit., 30-31.

<sup>14</sup> Recuerda M. Romera-Navarro que el método ensayístico que Unamuno aplica en su obra se basa fundamentalmente en un sistema de pensamiento de honda filosofía humana (vid. *Miguel de Unamuno: novelista, poeta, ensayista...* cit., 170). Como veremos, la filosofía que el escritor vasco desarrolla en *Andanzas* es esencialmente estoica.

<sup>15</sup> Ed. cit., 67 y 68-69, respectivamente.

<sup>16</sup> Tanto Horacio como fray Luis de León son dos autoridades citadas en *Andanzas*. Del primero de ellos recuerda Unamuno la conocida oda III, 30 («*Exegi monumentum aere perennius*») a propósito de «La torre de Monterrey a la luz de la helada»: «Y se queda así [el sueño], hecho piedra, piedra terrena, pero civilizada, piedra civil, o piedra espiritual, frase acuñada para siempre, monumento *aere perennius*, más duradero que el bronce» (ed. cit., 223). Al humanista salmantino lo menciona Unamuno en varias ocasiones: «Ha sido en paisajes así limitados, sencillos, al parecer pobres, donde ha nacido la poesía eglógica. Aquí se inspiró fray Luis de León» («Salamanca», ed. cit., 157); y «Decía fray Luis de León en *Los nombres de Cristo* que «algunos

das a una segunda persona, frecuentes tanto en las crónicas modernistas como en el *periodismo informativo de creación*, a fin de implicar al lector y situarlo hipotéticamente en el lugar de retiro que sugiere: «Vives acaso, lector mío, en un tráfigo mundano, entre negocios o entre diversiones. Escápate cuando puedas a la cumbre, ve a pasar unos días al pie del Aconcagua, donde más alto puedas. Deja de pisar el asfalto de los bulevares. Aprende a desdeñar eso que llamamos civilización, y que rara vez es tal, y a extraer de ella lo que de cultura encierre. Deja la civilización con el ferrocarril, el teléfono, el *water-closet* y llévate la cultura en el alma»<sup>17</sup>. Como buen erudito, el escritor vasco recomienda en su «Ciudad, campo, paisajes y recuerdos» la lectura de determinados libros —en concreto, los evangelios y tragedias— para disfrutar del retiro: «Tiene usted, amigo, que leer ciertos libros en el silencio y recogimiento de su cuarto, acostado en su cama, entre cobijas, para soñar en el campo. ¡Oh, si pudiese usted leerlos en el campo mismo!»<sup>18</sup>.

Otras veces, Unamuno aborda la filosofía del *secessus*, pero valiéndose de la tópica de las ruinas aplicada a un determinado espacio *intrahistórico*, de tal suerte que, en «Recuerdo de la Granja de Moreruela», llega a insertar un soneto suyo sobre el tema: «En una celda solo, como en arca / de paz, libre de menester y cargo ...»<sup>19</sup>. La contemplación de las ruinas como invitación a la meditación introspectiva, motivo que cuenta con egregios antecedentes en la lírica barroca española (recuérdense los poemas de Caro, Lope de Vega, Quevedo o Rioja)<sup>20</sup>, facilita por otra parte el alejamiento de las pasiones mundanas (*ἀπάθεια*) y el estado de imperturbabilidad anímica (*ἀταραξία*), filosofía estoica que Unamuno transmite a sus lectores como σοφός

---

hay a quien la vista del campo los enmudece; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde deseo o cantar o hablar». Y una especie de canto hablado, de recitación, de rezo más bien, es el verso. Y al ciego Salinas le habló fray Luis de música y de paisaje, o mejor, de celaje, en versos muy firmes» («Visiones rítmicas», ed. cit., 275). Para la pervivencia del tema del retiro mundano en la literatura unamuniana, véase: C. Blanco Aguinaga, «La naturaleza, refugio de paz y descanso», en *El Unamuno contemplativo ... cit.*, 260-265.

<sup>17</sup> Ed. cit., 57.

<sup>18</sup> Ed. cit., 74.

<sup>19</sup> Ed. cit., 48.

<sup>20</sup> Vid. B. López Bueno, «Tópica literaria y realización textual: Unas notas sobre la poesía española de las ruinas en el Siglo de Oro», en *Templada lira. 5 estudios sobre poesía del Siglo de Oro*, Granada, Don Quijote, 1990, 75-97. Otros escritores modernistas se valieron de la misma tópica, como por ejemplo Azorín en «Palacios, ruinas»: «Viajero: es la hora de meditar ante las ruinas, y este paredón ruinoso de un palacio que fué, aquí en la campiña solitaria, nos da tema para nuestras meditaciones. Los siglos han transcurrido. El antiguo palacio se ha desmoronado; pero aquí al lado de las ruinas, como una sonrisa en la eternidad, está este grupo de finos chopos que tiemblan levemente en sus hojas al soplo de la tarde expirante» (*cf. Una hora de España ... cit.*, 127).

o *sapiens*, aunque de forma amena y metafórica: «Allí es la quietud del lago del alma, y sin esa quietud no florece el lago»<sup>21</sup>.

La filosofía del *secessus* aparece acompañada, con bastante frecuencia, de una exaltación del silencio, que goza de gran predicamento en *Andanzas*<sup>22</sup>. Así lo comprobamos en un pasaje del artículo «El silencio de la cima», en el que Unamuno a modo de *diario íntimo* alude además a la importancia del descubrimiento personal del individuo, evocación de la γνώμη pindárica γένοι, οἷος ἐστὶ μαθῶν ‘aprende a ser quien eres’ (*Pítica*, II, 72) y de la fraseología senecana *secum morari* (‘morar en sí’) o *sapiens in se reconditur, secum est* (‘el sabio se concentra en sí mismo, vive para sí’)<sup>23</sup>: «Recojerse una temporada, sí, y callar, callar, envolviéndose como en mortaja de resurrección en el silencio, pero no por mezquinos móviles de defensa y de ataque, no, sino a busca de alguno de nuestros otros yos, de alguno de aquellos que he ido dejando en las encrucijadas del camino de la vida»<sup>24</sup>. En cambio, como recuerda Unamuno en su «Ciudad, campo, paisajes y recuerdos», el individuo que no puede disfrutar del silencio que le proporcionan los espacios *intra-históricos* se verá abocado a la desdicha (*contrafactum* del μακαρισμός o *beatus ille*): «¡Desdichado del hombre que se aburre si se tiene que permanecer solo unos días en medio de la campiña libre! ¡Desdichado del hombre que no puede prescindir del ruido y el trajín de sus prójimos!, porque este tal

<sup>21</sup> Ed. cit., 49.

<sup>22</sup> Un análisis del motivo del silencio en *Andanzas* ofrece C. Blanco Aguinaga, «Soledad y silencio de la naturaleza», en *El Unamuno contemplativo ...* cit., 216 ss. En cuanto a la relación de este motivo y la *intra-historia*, véase del mismo autor: «La revelación de la Naturaleza aplicada a la Historia ...», cit., 234 ss.

<sup>23</sup> Píndaro fue uno de los autores clásicos más citado por Unamuno en sus obras. La máxima señalada, que recuerda el ideal apolíneo γνώθι σεαυτόν (*gnosce te ipsum*), le interesó especialmente, como refleja su poema «Conócete a ti mismo» de *Poesías* (1907) inspirado en tal sentencia pindárica (vid. M. García Blanco, «El mundo clásico de Unamuno», en *El mundo clásico en el pensamiento español contemporáneo*, ed. de J. Lasso de la Vega *et aliteri*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Clásicos, 1960, 47-89, 71-72) y su artículo «Aprende a hacerte el que eres», publicado en el *Nuevo Mundo* en febrero de 1924 (vid. *De mi vida*, Madrid: Espasa-Calpe, 1979, 163-165). En *Andanzas*, Unamuno cita en varias ocasiones a Séneca, otro de sus autores clásicos predilectos; por ejemplo, en «Por capitales de provincia» («Séneca, el moralista, no fue en rigor un metafísico»; ed. cit., 130) y en «Frente a los negrillos» («Podría decir con Séneca que cuantas veces me entrometí con los hombres volví de ellos a mí mismo más inhumano»; ed. cit., 170). Siguiendo tal *praxis* filosófica, Unamuno contrapone la noticia que el individuo recibe a través de los medios de comunicación y el conocimiento personal obtenido de la incesante búsqueda del yo en un estado introspectivo (en la línea pindárica y senecana). Así lo refleja el escritor vasco en «De vuelta a la cumbre», dando a entender que las reflexiones de su *diario interior* pueden facilitar el camino de indagación individual de sus lectores: «Pero tú, lector, me complazco en creer que no me pides noticias. Hay otros que te informarán mejor que yo de lo que pasa en el mundo. Y entretanto, acaso no te enteres de lo que pasa en ti mismo. Por mi parte, si alguna vez he logrado llevarte o siquiera acercarte a ti mismo, me doy por pagado» (ed. cit., 57).

<sup>24</sup> Ed. cit., 61-62.



no se ha encontrado a sí mismo, ni ha sabido siquiera buscarse, ni se ve sino reflejado en los demás»<sup>25</sup>.

Sin embargo, la búsqueda introspectiva mostrada en su *diario íntimo* requiere, según Unamuno, no sólo el retiro en un marco *intrahistórico* que proporcione paz interior, sino la firme voluntad y decisión personal de huir del trasiego mundano. De hecho, señala el escritor vasco en su artículo «En la calma de Mallorca», evocando la *Epístola moral* III, 28 de Séneca a Lucilio, que las preocupaciones mundanas acompañan al individuo aunque mude de lugar, por lo que resulta absolutamente necesario cambiar el estado del alma:

A esta isla del polvo quieto y de la calma, del bienestar de la cortesía, he venido a descansar un poco y a huir de la excitación que me producían las inevitables discusiones sobre la marcha de la guerra y sus causas. Pero es inútil huir del mundo si uno se lleva el mundo en sí; de poco o de nada sirve refugiarse en un claustro —y un claustro henchido de luz es esta roca ceñida de mar y hecha un jardín de almendros, higueras, algarrobos, olivos, albaricoqueros, pinos, encinas, vides— si se lleva el siglo dentro de sí al claustro<sup>26</sup>.

Al margen del marco idílico del espacio natural, Unamuno concede gran valor en su reivindicación de la *intrahistoria* a las pequeñas ciudades tranquilas —frente a las grandes capitales—, como refleja un pasaje del artículo «En la quietud de la pequeña vieja ciudad» en el que de nuevo hace partícipe al lector de su habitual intimismo intelectual (rasgo característico de su *diario interior*): «Sólo os diré que desde entonces acá me he corroborado más y más en mi creencia de que las pequeñas ciudades tranquilas, donde la historia, que es el sentimiento de la continuidad en el cuerpo social, se remansa, son las más a propósito para una íntima vida de concentración espiritual, es donde mejor puede mantenerse el ánimo fijo hacia el Norte, sin oscilaciones, aunque no sin íntimo esfuerzo, es donde se puede cuadrar y cubicar las horas»<sup>27</sup>. Además, según apunta en «Frente a Ávila», Unamuno asocia los distintos espacios de las pequeñas y viejas ciudades —como las plazas públicas— a la cotidianidad *intrahistórica*:

¡Esas plazuelas apacibles y sosegadas que se abren dentro del recinto conventual de una eterna —no ya vieja— ciudad castellana! ¡Esas plazuelas por las que han resbalado siglos de instantaneidad cotidiana!

<sup>25</sup> Ed. cit., 72.

<sup>26</sup> Ed. cit., 187-188. El texto de Séneca es el siguiente: «*Hoc tibi soli putas accidisse et admiraris quasi rem novam quod peregrinatione tam longa et tot locorum varietatibus non discussisti tristitiam gravitatemque mentis? Animum debes mutare, non caelum ...*» (vid. *Ad Lucilium Epistolae Morales*, ed. de L.D. Reynolds, I, Oxford, Oxford University Press, 1965, 79).

<sup>27</sup> Ed. cit., 122-123.

¡Lo cotidiano! Lo de todos los días, lo que fue de los trogloditas prehistóricos, lo de todos los tiempos, eso sólo se gusta y se paladea en estas viejas ciudades!<sup>28</sup>

En otra ocasión, el escritor vasco, a propósito de su descripción paisajística de Casar de Palomero en «Las Hurdes», considera los pueblos, grandes depositarios de la *intrahistoria*, como lugares adecuados para la adquisición de la ἀπάθεια: «Buen pueblo el Casar, atractivo para quien ama la paz del retiro y el retiro de la paz»<sup>29</sup>. De forma similar, el artículo «En la isla dorada» evidencia cómo Unamuno relaciona el marco rural de Sóller con los conceptos de la *aurea mediocritas*, el *secessus* y la *intrahistoria*: «La *aurea mediocritas*, la discreta fortuna, se ha ido colando por entre aquellos naranjales. Es un pueblo donde la gente se retira a paladear lentamente el fruto del trabajo»<sup>30</sup>. Incluso a veces, en consonancia con la *Weltanschauung* unamuniana, tal recreación idílica del espacio como marco de la *intrahistoria* se tiñe de exaltado tono patriótico. De hecho, Unamuno inicia su «Hacia El Escorial» apuntando esta idea: «Vacaciones de Semana Santa, siete días de asueto; a correr y a ver tierras, a orear los pulmones, la vista y el ánimo, a seguir conociendo España, abrazando su cuerpo»<sup>31</sup>.

#### *Personajes-actantes en los espacios «intrahistóricos»*

Los marcos espaciales *intrahistóricos* que Unamuno recrea mediante elementos retórico-literarios y filosóficos —que apuntan hacia un *diario íntimo* de sesgo ensayístico— dan cabida por otra parte a un nutrido elenco de personajes-actantes que, en conjunto, conforman un excelente testimonio empírico de la vida cotidiana nacional: pastores, cabreros, religiosos, posaderos, agricultores, etc. Sin embargo, la elección de este amplio abanico de personajes —que gozan de un *emplazamiento* espacio-temporal propio— no resulta arbitraria sino que, en general, está estrechamente vinculada a las diversas categorías espaciales *intrahistóricas* señaladas en el apartado anterior. Pasemos a analizar esta cuestión.

El interés que en *Andanzas* muestra Unamuno por los paisajes naturales y campestres, en aras de hacer realidad el ideal del *vivere secundum naturam*, lleva al escritor vasco a detenerse, gracias a su conciencia contemplativa, en la filosofía de vida y conducta de los hombres de campo, en particular, de los pastores<sup>32</sup>. Así, en «De vuelta a la cumbre», Unamuno, tras exponer a

<sup>28</sup> Ed. cit., 259.

<sup>29</sup> Ed. cit., 134.

<sup>30</sup> Ed. cit., 200-201.

<sup>31</sup> Ed. cit., 76.

<sup>32</sup> En una carta —con fecha de abril de 1903— dirigida a su amigo Manuel Ugarte, Unamuno manifiesta que ha mantenido conversaciones con los pastores (hecho que recuerda el

los lectores su ávido deseo de olvidarse cada vez más de la noticia, refiere en su *diario interior* la anécdota de un pastor que, ajeno al trasiego mundano y anclado por su vida sencilla en el marco eglógico de una nueva Edad de Oro, ignoraba los últimos datos referidos a Maura (claro precedente del tema del *Disputado voto del señor Cayo* de Miguel Delibes). El pasaje resulta relevante, entre otras cosas, por las preguntas que Unamuno hace al pastor en búsqueda de nuevas noticias —procedimiento similar al de algunas crónicas-entrevistas modernistas y crónicas-reportajes del *periodismo informativo de creación*— y por el empleo del plural asociativo que sitúa al propio escritor y al lector en la escena recreada (técnica narrativa de destacada vitalidad en el *nuevo periodismo*)<sup>33</sup>: «... un pastor que nos oía hubo de preguntarnos: ¿pero no han matado a ese señor? Sorprendidos por la pregunta y recelando no tuviese noticias más frescas que nosotros, le interrogamos y resultó que se refería al atentado de que dicho señor fue objeto en Barcelona hace más de un año»<sup>34</sup>. Sin embargo, pese al desconocimiento de la actualidad informativa mostrado por el ingenuo pastor, Unamuno, a lo largo de toda su exposición, dará muestras de su implicación con tal personaje hasta el punto de que tendrá en cuenta su *modus vivendi* y opinión<sup>35</sup> en aras de hacer unas consideraciones generales sobre el *convenienter naturae vivere* y la *intrahistoria*:

¿Cómo podría uno soportar esta terca lucha de un día tras otro y un mes y otro mes y uno y otro año, si no hiciera de cuando en cuando una escapada a las cumbres libres o a los abiertos campos? ¿Cómo aguantar a todos esos señores que nos vienen dando consejos o disparándonos insultos, si no se recrease uno charlando con cabreros, mendigos, gañanes y toda laya de gente sencilla y a la buena de Dios?<sup>36</sup>

---

conocido episodio cervantino de Don Quijote y los cabreros; 1, 11): «... fui al campo, donde he pasado unos días, pocos por desgracia, deliciosos, entre las sosegadas encinas y de charla con los pastores» (*vid. Epistolario americano ... cit.*, 162). Similarmente, Azorín reflexiona sobre los pastores en «Una advertencia de Nadar»: «¿Pastores o labradores? Las dos cosas, las dos clases de hombres. Sí, las dos clases, pero ... un poco lejos de Madrid o París. Bejarano se ha acostumbrado ya a vivir entre pastores y labradores, aquí, en este pueblecito de la sierra de Ávila. Todo tiene su encanto; agradable puede ser, en cierto modo, la sociedad de los pastores y labradores. Puede serlo, cuando se trata de hombres simples, ingenuos, de viva intuición natural» (*vid. Un pueblecito: Ríofrío de Ávila*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, 67-76, 67).

<sup>33</sup> Como señala Tom Wolfe, la implicación del lector en la escena a través del narrador es una de las técnicas narrativas frecuentes en el periodismo norteamericano (*cf. El nuevo periodismo*, Barcelona, Anagrama, 2000, 8ª ed., 29).

<sup>34</sup> Ed. cit., 53.

<sup>35</sup> Por ejemplo, cuando, sirviéndose de otro procedimiento de la crónica-reportaje, reproduce literalmente su testimonio (en este caso, hipotético): «Pero el pastor de Gredos, si supiese expresarse, diría: “todo es nuevo bajo el sol”» (ed. cit., 55).

<sup>36</sup> Ed. cit., 55.

Otra de las figuras *intrahistóricas* que más interesa a Unamuno, tanto por el ejercicio ascético de la anacoresis como por su retiro espiritual —recuérdese la importancia de este concepto en los espacios analizados—, es la del ermitaño (cuyo correlato místico, en *Andanzas*, es Santa Teresa de Jesús)<sup>37</sup>. En efecto, el escritor vasco, en su artículo «En la isla dorada», realiza un detallado retrato de los ermitaños originarios de Mallorca, procedimiento que también aparece con frecuencia en las crónicas modernistas y en las crónicas-reportajes del *periodismo informativo de creación*<sup>38</sup>. Unamuno destaca en ellos, entre otras cosas, su loable propósito de conservar la más genuina tradición de los primitivos ermitaños (revitalización de una *gens* que floreció *in illo tempore*): «¡Y aquel pequeño cementerio, colgado sobre el bosque que cuelga sobre el mar, donde duermen, bajo un cielo todo luz y al arrullo de las olas, los ermitaños que fueron! Allí la anacoresis, el retiro, es una voluptuosidad; es acaso la manera que tienen de satisfacer una vocación estética los pobres payeses. ¿Quién sabe si en el fondo aquella vida ermitaña no es la más sutil bohemia para aquellos hombres sin literatura?»<sup>39</sup>.

Mención especial merece el que los personajes-actantes sean, en general, al igual que sucedía con los espacios *intrahistóricos*, objeto de un tratamiento literario y libresco (lo que concede también a la crónica-artículo cierto sesgo ensayístico-erudito). Así lo refleja, por ejemplo, «Hacia El Escorial», escrito en el que Unamuno, al recrear la realidad *intrahistórica* que sale a su paso, compara mediante una *sententia* lapidaria —como si fuera a inmortalizarlo— un posadero con los que aparecen en las obras cervantinas. En el pasaje, resultan de notable interés no sólo el retrato del personaje, habitual en las crónicas modernistas, sino también la recreación minuciosa de la escena que

<sup>37</sup> Tanto el ermitaño como Santa Teresa viven en un lugar de retiro para la contemplación y penitencia, si bien es verdad que la de Ávila no sólo ejercita su vida religiosa como el asceta, sino que se eleva a la categoría de mística. A ella, símbolo sincero del recogimiento interior y de la mujer fuerte (tema bíblico de *Proverbios*, 31, 10-31), le dedica Unamuno en *Andanzas* un notable espacio por la sencillez y cotidianidad de su vida y obra, cualidades parangonables a las características principales de la *intrahistoria*: «Y otra varona, Teresa de Jesús, expresó un siglo después sus eternas ansias» («Hacia El Escorial», ed. cit., 77); «Y las metáforas de que suele servirse la santa [Teresa de Jesús] son metáforas de pequeño campo doméstico, de huerta familiar, no de panorama» («Paisaje teresiano. El campo es una metáfora», ed. cit., 267); y «Aparecióseme una vez más la ciudad de Ávila, Ávila de los Caballeros, Ávila de Teresa de Jesús, ciudad vertebrada» («Extramuros de Ávila», ed. cit., 270). Recuérdese, por otra parte, que para contemporáneos como Ramiro de Maeztu Unamuno ofrecía una imagen de intelectual místico: «... Quizás muera Unamuno, y eso que es joven, sin alcanzar en vida el puesto que merece. Yo espero que su temperamento místico y sus tristezas de hombre lleguen a sepultarse bajo el intelectual ...»; *vid.* «Hacia otra España (fragmento)», en *Obra literaria olvidada (1897-1910)*, ed. de E. Palacios, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, 443-446, 445.

<sup>38</sup> Véase: A. Chillón, *Literatura y periodismo ...* cit., 125-126 y 250-268.

<sup>39</sup> Ed. cit., 211.

concluye con el testimonio literal de la hija del protagonista, procedimiento frecuente en las crónicas-reportajes: «El posadero de la posada en que nos alejamos, un posadero típico del linaje de los cervantinos. Cocinero a la vez y que se jactaba de guisar cualquier plato sin echarse la menor mancha a la immaculada blusa corta. Y su hija, una muchachuela, decía al servirnos en aquel Jueves santo unas rosquillas fritas con manteca de cerdo: “¡Ay, por Dios, que van ustedes a pecar! ¡Ay, por Dios!”»<sup>40</sup>. Similarmente, Unamuno, en su prurito de idealizar la *intrahistoria* mediante antecedentes de abolengo, compara de forma metafórica un grupo de ancianos mencionados en su artículo «En la calma de Mallorca» con el *concilium senatorum* romano, reivindicación tácita del tópico de la *prisca gens*: «Y era algo para apegarle a uno a la vida que pasa, a la vida de todos los días, a una vida pacífica, y, por decirlo así, insular, la visión de aquel pequeño senado de ancianos que esperaban lo que durante tantos años han visto y siempre igual»<sup>41</sup>.

No menos interés posee el que Unamuno narre, con frecuencia, su relato desde la óptica del personaje-actante *intrahistórico*, lo que le concede mayor viveza y verosimilitud<sup>42</sup>. Lo comprobamos, por ejemplo, cuando el escritor vasco señala en «Las Hurdes» cómo el jabalí suele acabar con los cultivos de los agricultores, cuestión que evoca el tratamiento del mundo aldeano — con destacados antecedentes dieciochescos— desde una perspectiva fisiocrática: «Y luego baja el jabalí y les estropea el patatal, su casi único remedio contra el hambre. Casi llorando me lo decía una pobre mujeruca de las Mes-tas»<sup>43</sup>. Otras veces, en cambio, Unamuno manifiesta explícitamente su desconocimiento en relación al testimonio del pueblo, aunque sí muestra una viva curiosidad al respecto. Así sucede, por ejemplo, en «Una obra de romanos», artículo en el que Unamuno reflexiona con detenimiento sobre el término acueducto (referido al de Segovia): «Ahora, lo que en ninguno de nuestros viajes a Segovia hemos averiguado es cómo la llama el pueblo. Que de seguro no acueducto. Porque acueducto es un vocablo erudito o culto, cuya forma vulgar es *aguaducho*»<sup>44</sup>.

\* \* \*

<sup>40</sup> Ed. cit., 80.

<sup>41</sup> Ed. cit., 184-185.

<sup>42</sup> El empleo del perspectivismo múltiple es una de las técnicas frecuentes del *nuevo periodismo* (vid. A. Chillón, *Literatura y periodismo ... cit.*, 268 ss.).

<sup>43</sup> Ed. cit., 138. Efectivamente, para Unamuno y otros modernistas el campo supone no sólo un medio de vida para los agricultores sino uno de los pilares económicos importantes de la nación. Azorín, por su parte, apunta esta visión fisiocrática del campo en «El pobre labrador»: «Ya en el siglo XVI la labranza comienza a declinar. Y el sustento de la patria son los labradores» (vid. *Una hora de España ... cit.*, 112).

<sup>44</sup> Ed. cit., 260.

En resumidas cuentas, Unamuno, consciente de las posibilidades de divulgación que la prensa le ofrece e interesado como *excitator Hispaniae* en reivindicar una actividad periodística de calidad —lo que preludia el llamado *periodismo informativo de creación*—, desarrolla de forma práctica su teoría de la *intrahistoria* con una finalidad pedagógica y reformadora. En concreto, al oponer el marco espacial de las grandes ciudades españolas al de otros *intrahistóricos* —vinculados especialmente a la naturaleza y al mundo rural—, Unamuno plantea a sus lectores, aunque de forma amena y divulgativa —como exige el género periodístico—, toda una filosofía estoica del retiro (*secessus*) para proponer el alejamiento de las pasiones mundanas (*ἀπάθεια*) y el estado de imperturbabilidad anímica (*ἀταραξία*) como antídoto eficaz contra el trasiego de la realidad mundana. En tan compleja *praxis* de elevación moral —en la que el lector queda implicado—, Unamuno, «apóstol civil» y alma vigilante de la espiritualidad española, propone una fórmula alternativa para la escritura periodística, a saber, la sustitución de la mera noticia, ligada al mundanal ruido, por un género híbrido que podríamos denominar *crónica-artículo de sesgo ensayístico* en un apasionante recorrido iniciático a través de la *intrahistoria* española. En dicha hibridación generica, las aparentes descripciones paisajísticas nacidas de la mirada creativa de un viajero y de su conciencia contemplativa permiten al escritor vasco la sincera e íntima búsqueda del yo, así como la adquisición de la *virtus* a modo de *diario íntimo*. En definitiva, el desarrollo conceptual de la *intrahistoria* en la práctica periodística hace por fin realidad el sueño utópico de Unamuno de un verdadero diario nacional.